

XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología

UBA, Buenos Aires, 27 al 29 de noviembre de 2019

Mesa especial: La ciencia, la evidencia y el psicoanálisis

Enrique Tenenbaum

Todos estamos preocupados por la ciencia, la evidencia y el psicoanálisis, lo sepamos o no, lo queramos o no, nos demos por enterados o no.

Estos tres términos, acomodados en el título como disjuntos, en verdad se anudan en cada acto psíquico, este es mi punto de partida. Y es nuestro desafío tomar a estos términos de una manera no banal, por ejemplo: si les digo que voy a hablar quince minutos y sé que a los cinco debo hacer un chiste, estoy sirviéndome de una “evidencia científica”: la función de la atención no se sostiene de un modo estable, no hay mesetas prolongadas de atención, cada tanto hay que hacer una pausa, como si fuera necesario elongar las sinapsis neuronales.

Con esta banalización simplemente quiero indicar que tanto la ciencia como el psicoanálisis se han vulgarizado, sus términos han pasado al discurso corriente, y no nos extraña que cualquiera que disponga de un título habilitante, como se dice, se autorice a nombrarse psicoanalista sin haber hecho al menos un buen tramo de “su” psicoanálisis personal. Porque, y a diferencia de las ciencias que se transmiten por fórmulas acabadas, nuestra joven disciplina requiere de un pasaje por el trabajo analítico para poder practicarla. Y en esa práctica cada quien se encuentra con los modos y los lugares en que está preocupado, no solamente por la ciencia y por la evidencia, sino por el sentido común.

Quiero enfatizar que el psicoanálisis es hijo de la ciencia. Freud fue neurólogo y, si no fuera porque no tuvo los recursos económicos para avanzar en el laboratorio de Ramón y Cajal, no habría conocido a Charcot, no se habría dedicado a la clínica y no estaríamos hoy aquí reunidos. Estamos aquí gracias a que la familia de Freud no era rica. De su paso por ese laboratorio dan testimonio su *Proyecto de Psicología* y su modelo de aparato psíquico conocido como “el peine” que estaba pensado como un conjunto de lentes, como los fotográficos. ¿Qué hay de común entre neurología y fotografía?: que para revelar los negativos fotográficos tanto como para realizar la tinción de células nerviosas se utilizaban las sales de plata. Freud nunca abandonó la expectativa de un psicoanálisis científico, pero lo científico de su armazón conceptual escapa en mucho a la biología y la medicina.

Freud, sin dudas, estuvo atento al estado de la ciencia de su época, espero mostrarlo.

En cuanto a la evidencia, solamente voy a decir que fue una de las primeras preocupaciones de Freud en su práctica clínica. Tomemos por caso cuando Juanito, luego de preguntarle a su mamá si ella también tenía un “hace pipí”, viendo los genitales de su hermanita dice, frente a la evidencia flagrante, que a ella ya le iba a crecer el pito. Esta particular posición respecto a la visión del genital femenino le resultó a Freud un enigma del que se ocupó incansablemente, arribando en un texto de 1927, *El fetichismo*, a sostener que el fetichista, en su acción, “reúne en sí dos aseveraciones recíprocamente inconciliables: la mujer ha conservado su pene y el padre ha castrado a la mujer”.

Este contraste entre la observación y el prejuicio, como lo señalara Freud, nos coloca ante el lugar destacado que tiene la evidencia respecto del saber. Solemos aceptar que la evidencia científica es indiscutible, y que la creencia en lo que no es evidenciable entra en el terreno del dogma o de la religión. Veamos: el dogma de la Asunción de María a los cielos fue establecido hace menos de doscientos años, en 1850 por el papa Pío XII. Un dogma es, para los fieles, una verdad en la que hay que creer, de la que no hay evidencia. La teoría psicoanalítica, ¿es un dogma?

Estamos acostumbrados al refrán “si no lo veo no lo creo”, el que parece directamente dirigido a discutir el carácter dogmático de ciertos preceptos. Y estamos convencidos que cuando vemos creemos, y que creemos porque los sentidos no pueden engañarnos. Y, sin embargo, desde Descartes sabemos que los sentidos no nos aseguran nada respecto de la realidad de lo percibido: esa figura que veo pasearse bajo mi balcón, ¿es un humano o un autómatas?, se preguntaba Descartes.

Desde una perspectiva más actual, un físico con dotes de divulgador, cuyos libros son best sellers, me refiero a Carlo Rovelli, afirma que el pasado deja huellas en el presente, y que uno de los modos de ver esas huellas es mirando a través del telescopio: es que el telescopio, pese a nuestra limitada imaginación y pese a su nombre, que indicaría que se usa para ver (escopio) a la distancia (tele), no nos muestra otra cosa que lo que ya no existe. Las imágenes de galaxias, estalladas hace miles de años luz, se nos presentan como si aún hoy estuvieran allí, frente a nuestros ojos. Pero cómo... ¿esa luz que vemos, tan intensa, tan viva, procede de una estrella que no existe más? Y si... tenemos que invertir nuestra fórmula, la que ya no será “ver para creer” sino “creer para ver”. No creemos en lo que vemos, sino que vemos aquello en lo que creemos.

Un ejemplo más de lo moderno que fue Juanito en su observación: hacia finales del siglo XVIII los astrónomos -una vez más el telescopio y las lentes- se encontraron con que la órbita que describe Neptuno no coincide con las fórmulas de Newton, por lo que debía haber otra gran masa que alterara su órbita. Al calcular la posición de dicha masa, es decir de otro planeta en el sistema solar, se verificó que lo que hasta entonces se consideraba una estrella era ni más ni menos que un planeta, al que llamaron Urano. No se descubrió su existencia, sino que se aclaró su condición. Una fórmula, es decir una práctica simbólica, permitió abordar y nombrar con más pertinencia un objeto real.

La tabla periódica de los elementos es otro bello ejemplo de este proceder por lo simbólico para cernir lo real.

Pero no todo es observable, no todo es evidenciable. Freud nunca pretendió para el sistema inconsciente otra consideración que la de una hipótesis, con la misma dignidad que cualquier otra hipótesis científica. Y no es que estemos fuera de la rigurosidad pretendida por las ciencias si afirmamos que nuestro corpus teórico es consistente y a la vez que en él no todo puede ser verificado.

Hace algunos años un matemático francés, Jean-Ives Girard, publicó un artículo titulado *El fantasma de la transparencia*, en el que sostiene que la ciencia está instrumentada por una demagogia de la transparencia, transparencia definida como la idea de que existiría un mundo plenamente inteligible, que el mundo no es más que un rébus del que solamente hay que encontrar su clave: todo en él sería explícito, inmediato y legible, de tal modo que ni habría necesidad de formular preguntas, o sea: de pensar. La ilusión transparentista -pensemos en el proyecto genoma humano o en la búsqueda del gen del autismo- deviene totalitaria: las máquinas, los ordenadores, podrían responder a todas las preguntas, el conocimiento sería totalmente objetivo, y con ello se produciría la definitiva evacuación del sujeto.

Pues bien, no toda pregunta tiene su respuesta, afirma Girard; en algunas ocasiones la respuesta no existe *a priori*, sino que es inducida por la pregunta, tal como lo pone a jugar la mecánica cuántica. Por otra parte, hay para la ciencia matemática una opacidad del saber que no puede remediarse, justamente porque no es una falla sino una condición; en 1920 David Hilbert propuso un programa para clarificar los fundamentos de las matemáticas, puesto que hasta entonces contenían paradojas e inconsistencias. Este programa debía crear una axiomática o formalización que permitiera probar todas las afirmaciones de modo consistente, sin contradicciones, y producir un algoritmo que pudiera decidir la verdad o falsedad de cualquier afirmación matemática.

Pues bien, en esto andaba la ciencia cuando Freud escribió, en 1925, *La negación*. Seguramente recuerdan su primer párrafo, allí el bueno de Freud nos regala un truco, un truco muy simpático: “...uno pregunta: «¿Qué considera usted lo más inverosímil de todo en aquella situación?»». Si el paciente cae en la trampa y nombra aquello en que menos puede creer, casi siempre habrá confesado lo correcto”. Pero el truco es falso, lo que Freud logra transmitir en ese texto es mucho más que lo que decide teorizar, y en eso consiste, al menos así lo entiendo, un borde de la transmisión del psicoanálisis: poder leer entre líneas, leer lo que sin estar dicho está sin embargo claramente expuesto.

Freud nos comenta el sueño de un paciente, quien en sus asociaciones dice “«Usted pregunta quién puede ser la persona del sueño. Mi madre no es»”. Y Freud concluye que sí, que indudablemente “es” su madre, puesto que los procesos inconscientes desconocen el signo de la negación. De acuerdo, querido Freud, pero hay algo más que su soñante le dice y que usted nos lo transmite sin decirlo: para el soñante la persona del sueño es su madre y no es su madre, ambas aserciones son sostenidas en el mismo tiempo y como verdaderas a la vez, con lo que nos pone frente a la siguiente disyuntiva: o desechamos una de las dos proposiciones, como hace apresuradamente Freud, para afirmar que sí es la madre, o nos quedamos en la imposibilidad de decidir a cuál de las dos dar crédito. ¿Cómo decidirlo? Y aún más: ¿por qué sería necesario decidirlo? ¿por qué no soportar que para la lógica inconsciente dos proposiciones particulares puedan

sostenerse a la vez, siendo contrarias, ya que para el inconsciente no rige la contradicción? Es la introducción de lo indecidible.

Freud nos hace pasar así la posibilidad de leer en las formaciones del inconsciente el modo en que las preocupaciones científicas de la época inciden en el sujeto de nuestra práctica.

En 1931, cinco años después, Kurt Gödel presentó una refutación al programa de Hilbert, refutación que es a su vez una demolición del pretendido universo transparente de referencia: “una teoría matemática coherente es siempre incompleta, es decir incapaz de responder a todas las preguntas que se le pueden formular”. La incompletud pues, nos dice Girard, se presenta como una imposibilidad fundamental, no se reduce a una debilidad de la teorización, a una fricción en la formalización que se podría mejorar con un lubricante, ni a una carencia que se cura con vitaminas, sino que el conocimiento es fundamental e intrínsecamente incompleto.

En Lacan lo indecidible entra en su discurso en el seminario sobre el acto, el número XV, y toma la mayor relevancia al escribir las fórmulas llamadas cuánticas de la sexuación, entre el seminario XIX y el XX. Allí a lo indecidible lo sitúa como hiancia entre el “no todo” y el “no una”, entre lo imposible y lo contingente, del lado mujer de las fórmulas. Aquí simplemente enuncio la referencia.

Para ir terminando, quiero situar otra de las fórmulas freudianas que dan cuenta de lo atento que él estaba a las problemáticas científicas de la época. En *El yo y el ello*, artículo de 1927, a propósito de la fugacidad de los contenidos de la conciencia - recordemos que para el aparato freudiano el sistema Percepción y el sistema Conciencia no guardan huella de lo que los afecta-, escribe lo siguiente: “Lo característico, más bien, es que el estado de la conciencia pase con rapidez; la representación ahora consciente no lo es más en el momento que sigue, sólo que puede volver a serlo bajo ciertas condiciones que se producen con facilidad. Entretanto, ella era ... no sabemos qué; podemos decir que estuvo latente, y por tal entendemos que en todo momento fue susceptible de conciencia”.

Este modo de plantear la diferencia entre Conciencia e Inconsciente es de fundamental importancia, y me gustaría no dejar pasar la oportunidad de comentar un equívoco de Lacan. En el seminario XXIV Lacan sostuvo que en francés el inconsciente (*l'inconscient*) y la conciencia (*la conscience*) son homofónicos, es decir que suenan igual. Hasta ahí estamos de acuerdo con Lacan. Pero el problema es que inmediatamente afirma que también eso ocurre en la lengua alemana, y allí es sujeto de un error. Freud escribe *Unbewusste*, que se traduce como inconsciente, y escribe *Bewusst-sein* que se traduce como lo que es siendo consciente. Como se aprecia *Unbewusste* y *Bewusst-sein* no son para nada homofónicos en alemán. Y bueno, Lacan no estaba fuera del juego de los equívocos y de los errores.

En cuanto a la pregunta que intenta responder Freud con “ella era... no sabemos qué”, referida a la representación que se hace consciente pero no se sabe dónde estaba un instante antes, es una pregunta homóloga a la que la física cuántica intenta responder acerca de dónde estaba un electrón inmediatamente antes de poder leer su posición. ¿No

es sorprendente que Eisenberg propusiera el principio de incertidumbre o de indeterminación en ese mismo año?

Volvamos, para explicarnos, a nuestro físico, a Rovelli, quien escribe que “el segundo descubrimiento de la mecánica cuántica es la indeterminación: no es posible prever de manera exacta, por ejemplo, dónde aparecerá mañana un electrón. Entre una aparición y otra, el electrón no tiene una posición precisa, está como disperso en una nube de probabilidad. Se dice, en la jerga de los físicos, que está en una «superposición» de posiciones”. Luego afirma que “la indeterminación se resuelve cuando una magnitud interactúa con cualquier otra cosa. En esa interacción, un electrón se materializa en un punto exacto. Por ejemplo, golpea una pantalla, es capturado por un detector de partículas, o choca con un fotón; adopta una posición concreta”. Un instante antes, no se sabe dónde se ubica ese electrón.

No sé qué piensan ustedes, pero seguramente Rovelli no es cuestionado tanto como Freud por afirmar situaciones verdaderamente homólogas. ¿Será que a las ciencias duras se les permite tanta más indeterminación que al psicoanálisis?

Concluyo entonces; en mi modo de pensar el tema de la ciencia y la evidencia en relación con el psicoanálisis sostengo el punto de vista que expongo: es en las formaciones del inconsciente de los analizantes y es en las teorizaciones que los analistas hacemos de los efectos que producimos donde tomamos nota de la incidencia de la ciencia en nuestra práctica. Lo demás es ideología.